



R O N N Y V I A L E S H U R T A D O

Una nueva lectura de la caficultura latinoamericana

BOCAMINA

▪

▪

▪

▪

▪

▪

▪

▪

▪

▪

▪

Samper, Mario, William Roseberry y Lowell Gudmunson (comps.), *Café, sociedad y relaciones de poder en América Latina*, Heredia, Costa Rica, EUNA, 2001, 510 pp. (Edición original en inglés, The Johns Hopkins Press, 1995.)

H ■ Introducción

Hace algunos años tuve la oportunidad de llevar un curso sobre la historia económica de América Latina con el doctor Mario Cerutti, investigador de origen argentino radicado en México, con profundo interés en el tema del desarrollo industrial en nuestro subcontinente. A él le llamaba la atención el hecho de que en Costa Rica, y en Centroamérica en general, se hiciera tanto énfasis en el estudio de la caficultura y se descuidara el estudio de otros sectores, más o menos dinámicos, de la economía y sociedad centroamericanas.

Este cuestionamiento es válido si consideramos que pocos estudios sobre la situación centroamericana, excepto algunos que han sido desarrollados por investigadores estadounidenses o por el británico Victor Bulmer Thomas,¹ han profundiza-

¹ Cfr., por ejemplo, Victor Bulmer-Thomas, *La economía política de Centroamérica desde 1920*, San José, Costa Rica, Banco Centroamericano de Integración



do en la problemática del desarrollo en nuestro istmo desde una perspectiva global.

Pero, por otra parte, el comentario del doctor Cerutti se queda corto en el sentido de que la comprensión del desarrollo y del atraso en los países centroamericanos, y latinoamericanos en general, ha estado estrechamente vinculada al desarrollo de la caficultura en varios países del Caribe, México, América Central, Colombia y Brasil, principalmente. Es decir, el estudio y análisis de la caficultura en nuestro subcontinente no obedece a una tendencia o moda intelectual; antes bien, constituye una línea de investigación que, tal y como queda demostrado en la obra colectiva *Café, sociedad y relaciones de poder en América Latina*, tiene múltiples aristas y, además, debería contar con proyectos de investigación básica y aplicada permanentes en el seno de las instituciones patrocinadoras, debido a su relevancia social.

Por esta razón, en esta oportunidad me interesa llamar la atención sobre algunos aspectos relevantes de la obra en mención mediante un comentario que he dividido en tres grandes partes. En primer lugar, referiré brevemente la situación actual de la historia del agro y de la historia rural en América Latina, con la finalidad de construir un contexto en el cual interpretar los contenidos y los mensajes en la obra *Café, sociedad y relaciones de poder en América Latina*.

En una segunda parte, más difícil, retomaré algunos aportes historiográficos y metodológicos de la obra. Más difícil porque sintetizaré aspectos centrales de once capítulos, dos prefacios y un posfacio, distribuidos en 508 páginas. En el trabajo se incluyen artículos de autores de tanto prestigio como Mario Samper, William Roseberry, Lowell Gudmunson, Héctor Pérez, David McCreery o Verena Stolcke, entre otros.

Finalmente, en una tercera parte, más sencilla, comunicaré algunas tareas interesantes que podemos realizar para complementar los trabajos contenidos en la obra en mención, puesto que uno de los grandes aportes de ésta es precisamente la posibilidad de repensar varios aspectos de la historia de la caficultura latinoamericana con miras a una reinterpretación de la historia del subcontinente mediante un esfuerzo comparativo.

Económica, 1989, y del mismo autor, *La historia económica de América Latina desde la independencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998. (Edic. orig. en inglés, 1994.)

■ La historia del agro y la historia rural de América Latina: ¿por qué debemos reescribirla?

La mayoría de los estudios sobre el desarrollo del agro latinoamericano han señalado su historicidad en dos grandes etapas: la anterior a 1950 y la posterior a 1950.² Estas versiones han generado periodizaciones muy detalladas para la etapa posterior a 1950, pero muy débiles para la anterior. Nuestro enfoque de este problema llama la atención sobre la necesidad de profundizar en el análisis de la primera etapa. Aún así, es importante el conocimiento de estas aproximaciones, lo que permitirá un mejor acercamiento a nuestro periodo de estudio y, a la vez, la determinación de cuán recientes son algunos fenómenos que aún no han sido debidamente historizados.

La historia agraria de América Latina debe reescribirse. El hecho de que la mayoría de los estudios históricos sobre el agro latinoamericano hayan sido desarrollados a la luz de la perspectiva marxista-estructuralista y de la concepción “cepalina” del desarrollo ha hecho que en este ámbito se haya privilegiado el papel de los factores externos sobre los internos, de manera tal que el ataque al monocultivo —fruto de la vinculación de los países latinoamericanos al mercado mundial como proveedores de materias primas— ha sido tema reincidente en los análisis de los científicos sociales del subcontinente y de los estudiosos extranjeros interesados en éste.³

El denominado modelo de desarrollo hacia afuera, modelo agroexportador o *export-led growth* en América Latina tuvo sus orígenes en la división internacional del trabajo generada en la segunda mitad del siglo XIX, como incidencia directa de la Revolución industrial europea. El resultado fue un vigoroso énfasis en la exportación de materias primas y alimentos generado por la demanda de los centros

² Sobre el caso costarricense, desde una perspectiva regional, un estudio que periodiza de este modo, aunque profundiza de mejor manera sobre la base de evidencia empírica —focalizado en el caso del Pacífico norte (provincia de Guanacaste)—: Marc Edelman, *La lógica del latifundio. Las grandes propiedades del noroeste de Costa Rica desde fines del siglo XIX*, 1ª. edic. en español, San José, EUCR/Stanford University Press, 1998. (Versión orig. en inglés, 1992.)

³ Ronny Viales, “Elementos para la reconceptualización del enclave bananero en Costa Rica: rescatando el peso de los factores internos en la historia económica de América Latina”, conferencia en el IV Simposio Panamericano de Historia, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica, 10 al 13 de agosto de 1999.

industriales. El crecimiento económico logrado bajo este modelo constituyó la base del Estado oligárquico, de corte liberal, en el subcontinente latinoamericano.⁴

Ya hace tres décadas Celso Furtado, desde la perspectiva estructuralista, apuntaba que la

[...] inserción de los países latinoamericanos en las nuevas líneas de expansión del comercio internacional realizase a partir de los años cuarenta del siglo pasado. En este proceso [...] tienden a configurarse tres grupos de países exportadores de productos primarios: a) países exportadores de productos agrícolas de tipo templado (Argentina, Uruguay); b) países exportadores de productos agrícolas tropicales (Brasil, Colombia, América Central y el Caribe y ciertas regiones de México y Venezuela), y c) países exportadores de productos minerales (México, Chile, Perú, Bolivia y Venezuela en la década de 1930). En cada uno de esos casos el comercio exterior contribuyó a configurar una estructura económica particular [...]⁵

Si observamos la composición de las exportaciones de América Latina entre 1913 y 1928 es notable la concentración en diez productos principales: petróleo, café, maíz, azúcar, carne vacuna y ovina, trigo y harina de trigo, cobre, algodón en rama, lana y pieles. Algunos países presentan una clara tendencia al monocultivo, como los centroamericanos, mientras que otros a una mayor diversificación, tal es el caso de Argentina y México.

En la mayor parte de los países, los cuatro productos principales de exportación representaban más de 50 por ciento del total de exportaciones, lo que los hizo vulnerables a la “lotería de los productos”; es decir, “los resultados cíclicos dependían en gran medida de la naturaleza de los productos: su propiedad, su función de producción, sus conexiones, las condiciones de la demanda y la comercialización, de los productos que exporta un país”.⁶ Esta dependencia de los vaivenes del mer-

⁴ Cfr. William Glade, “Economy, 1870-1914”, en Leslie Bethell (edit.), *Latin America. Economy and Society, 1870-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 1-56, y Marcello Carmagnani, *Estado y sociedad en América Latina. 1850-1930*, Barcelona, Crítica, 1984. (Edic. orig. en italiano, 1982.)

⁵ Celso Furtado, *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana*, México, Siglo XXI, 1969, p. 50.

⁶ Charles P. Kindleberger, “La depresión mundial de 1929 en América Latina vista desde afuera”, en Rosemary Thorp (comp.), *América Latina en los años treinta. El papel de la periferia en la crisis mundial*, México, Fondo de Cultura Económica,

cado internacional se agrava si se toma en cuenta que más de 70 por ciento del mercado de estos productos se concentraba en Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Alemania.⁷

En este contexto, ¿cuáles son los aportes del libro *Café, sociedad y relaciones de poder en América Latina*?

■ *Café, sociedad y relaciones de poder en América Latina*: un libro sobre la diversidad local y regional de la caficultura

En el libro *Café, sociedad y relaciones de poder en América Latina* vamos a encontrar ocho estudios de caso referidos a diferentes países de América Latina; uno a la comercialización y el consumo de café en Estados Unidos; uno a la especialización productiva cafetalera en Puerto Rico; dos al caso brasileño; uno al costarricense; uno al guatemalteco; uno al caso salvadoreño, y otro al colombiano. Además, tres estudios comparativos: uno general, construido a partir de los resultados de los trabajos precitados; otro que compara los casos costarricense y colombiano y, finalmente, uno referido a una comparación bibliográfica sobre el café en América Latina.

El título del libro, si bien trata de centrar al lector en la dimensión sociopolítica de la caficultura latinoamericana, no debe hacernos pensar en la inexistencia de factores de tipo económico en la obra. Así, la mayoría de los estudios se convierten en reinterpretaciones de temáticas específicas de gran valor, siguiendo la premisa de que los estudios estructurales desarrollados habían descuidado el detalle, al cual podemos llegar a partir de los estudios de caso. Metodológicamente, pues, los trabajos son innovadores porque permiten ver los árboles y no solamente el bosque.

Eso sí, este enfoque se complementa de manera exitosa con los estudios comparados, tendencia sobre la cual podemos avanzar todavía más en los estudios históricos de América Latina. Por esa razón, William Roseberry aseguraba que esta obra no constituía solamente un conjunto de estudios de caso, sino más bien

ca, 1988, p. 365. (Edic. orig. en inglés, 1984.) Esta apreciación hace menos rígida la tipología propuesta por Furtado acerca de la integración a la división internacional del trabajo.

⁷ Cfr. Ronny Viales, "La crisis de 1929 en América Latina: del viejo paradigma al nuevo paradigma explicativo. Alcances y limitaciones", *Revista de Historia de América* (IPGH/México), núm. 126, enero-junio, 2000, pp. 85-111.

una contribución teórica al análisis comparado de la historia del capitalismo en Latinoamérica, incorporando factores explicativos internos y externos, agregaríamos nosotros. Veamos algunos detalles.

El artículo de Michael F. Jiménez, titulado “De la plantación a la taza de café: café y capitalismo en los Estados Unidos, 1830-1930”, es un claro ejemplo de la importancia de estudiar los factores de demanda en el mundo de café, cuyo consumo se amplió, en este caso, en el mercado estadounidense después de 1830, a partir de la “lotería de los productos”, y se convirtió en un producto importante entre los consumidores estadounidenses a principios del siglo XX y en una fuente de ingresos para diversos sectores en aquel país.

Por su parte, Verena Stolcke llama la atención, al menos, sobre dos problemáticas básicas para el estudio de la caficultura latinoamericana en su artículo “Las labores del café en América Latina: el discreto encanto del trabajo familiar y el autoconsumo”; por una parte, la importancia de la “moral familiar” dentro de los sistemas de trabajo en la caficultura latinoamericana, aspecto en el que no se había profundizado; así, mediante la vinculación entre el papel de la familia como ideal y como realidad, destacando la división de género como variable de análisis, abre una nueva dimensión para las formas de explotación del trabajo familiar, debido al hecho de que la división de tareas en la familia obedeció a diversos factores, entre ellos la concepción simbólica de la familia.

Por otra parte, la autora elabora una hipótesis interesante sobre el autoabastecimiento y su relación con los sistemas laborales: según ella, “el autoabastecimiento por parte de los miembros de la familia y en especial por parte de las esposas, sin compensación, contribuyó a reducir el costo de reproducción de la fuerza laboral y generó una mayor renta laboral”. Esta hipótesis brinda pistas sobre una interrogante contemporánea en el agro latinoamericano, la cual tiene dos dimensiones: una histórica, en el sentido de preguntarnos qué factores explican la pervivencia de los campesinos, del trabajo familiar, de la pequeña explotación en América Latina; y la otra, de carácter proyectivo: ¿hasta cuándo van a existir? Consideramos que la hipótesis de Stolcke tiene que complementarse con otros factores, entre ellos la posibilidad de especialización en producción de alimentos en zonas aledañas a las cafetaleras y la generación de micromercados, por llamarlos de alguna forma, de este tipo de bienes al interior de grandes regiones cafetaleras.

Por su parte, Fernando Picó, en su artículo “El café y el surgimiento de la agricultura comercial en las tierras altas de Puerto Rico: ocupación y pérdida de tierra en Guaonico y Roncador (Utuado), 1883-1900”, examina la especialización cafetalera en ese país centrándose en la “estructura de clases” y su relación con la inmigración española tardía, en la existencia de una relación entre los grandes hacendados y la mano de obra familiar y explicando la decadencia de la pequeña propiedad a partir de un proceso de fragmentación de la tierra. El trabajo aporta elementos para la comparación con otros países del subcontinente.

Lowell Gudmunson, mediante una aproximación similar a la de Picó, pero con mayor profundidad, analiza la formación de clase en Santo Domingo de Heredia, Costa Rica, en su artículo “Campesino, granjero, proletario: formación de clase en una economía cafetalera de pequeños propietarios, 1850-1950”, y concluye que esta economía de pequeños propietarios productora de café estaba constituida, en el siglo XX, por tres clases: los beneficiadores-hacendados, los productores no beneficiadores y los productores minifundistas y trabajadores asalariados, aunque existían límites fluidos entre las tres, además de vínculos de parentesco que funcionaban como una especie de atenuantes de las contradicciones de clase.

Mauricio Font estudia los sistemas laborales y los patrones de relaciones sociales y conflicto social como condiciones de la formación de clases en São Paulo. Este autor, en su artículo “Sistema laboral y acción colectiva en un sector de exportación cafetalera: São Paulo”, apuesta por la existencia de un mercado laboral segmentado, predominantemente cafetalero, caracterizado por la coexistencia de la especialización productiva en alimentos y algodón en un contexto de “paz relativa” en términos de la acción colectiva.

En el trabajo titulado “Mano de obra asalariada, trabajo libre y leyes contra la vagancia: la transición al capitalismo en Guatemala, 1920-1945”, David McCreery desarrolla un excelente análisis sobre la transición de un sistema de coacción extraeconómica legal, con la presencia del repartimiento y el mandamiento y el peonaje por deudas, hacia el trabajo libre capitalista en 1944-1945. En Guatemala, el sistema de trabajo cafetalero intensivo en mano de obra siempre planteó alternativas institucionales para resolver la interrogante de cómo obtener mayor cantidad de trabajadores más baratos. Tal es el caso de las leyes “contra la vagancia”. En este sentido, las leyes también cumplieron su función como meca-

nismo formal de control contra la resistencia indígena, estudiada a partir de levantamientos que se incrementan hacia 1920.

Héctor Pérez, por su parte, hace una revaloración de la rebelión de 1932 en El Salvador a partir del vínculo entre los indios, los comunistas y los campesinos (su artículo se titula precisamente “Indios, comunistas y campesinos: la rebelión de 1932 en El Salvador”). Su tesis central se relaciona con la existencia de una doble insurrección: la insurrección campesina indígena y la conspiración comunista, con puntos de coincidencia y divergencia. Entre los determinantes más importantes de la rebelión está el malestar agrario por el despegue cafetalero, es decir, la rápida expansión del área cultivada de café y del volumen de exportación relacionado con la privatización del suelo, la concentración de la propiedad y los bajos salarios, donde los campesinos indígenas se ubican como perdedores. La conspiración comunista sería el elemento detonante de la rebelión, y la represión posterior estuvo cargada de racismo bajo la fórmula “el indio es comunista”. Este es un excelente análisis formal de esta rebelión, puesto que arroja nuevas luces para su comprensión y también deja abiertas nuevas perspectivas de análisis.

Finalmente, el último artículo basado en un estudio de caso, de Michael Jiménez, titulado “En el festín de la civilización: los límites de la hegemonía de los hacendados a comienzos del siglo XX en Colombia”, pone el acento sobre la conformación del Estado en Colombia y el desplazamiento de los hacendados cafetaleros de su control. Es un estudio de los sectores dominantes que deja al descubierto las contradicciones intraclase de los cafetaleros, su relación con otros sectores sociales: comerciantes, financistas, cerealeros y ganaderos, de sus limitantes respecto al capital extranjero y al crédito y que, entre otros aspectos, también destaca el cuestionamiento hacia las haciendas mediante formas de rebelión y resistencia cotidianas, incluidas las legales, a pesar de la existencia de un alto nivel de corrupción; esta interpretación hace recordar los planteamientos de Joan Scott y sus “formas cotidianas de resistencia campesina”. Es válido destacar este aspecto, puesto que la mayoría de los artículos centran su análisis en la resistencia campesina a partir de indicadores estructurales como la huelga o la rebelión dejando de lado las formas de protesta informales o menos institucionalizadas, un camino sobre el que todavía tenemos mucho por recorrer.

Un ejemplo analítico de alto nivel está presente en los trabajos comparativos que incorpora la obra. Ya hace casi dos décadas Charles Tilly, en su obra *Grandes*

estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes,⁸ señalaba que la comparación debía llenar los vacíos dejados por la denominada “crisis de los paradigmas” y por la pérdida de vigencia del aparato intelectual que los científicos sociales habíamos heredado del siglo XIX. Las comparaciones presentes en esta obra representan una excelente herramienta para identificar aspectos comunes y diversos, aunque con limitaciones en términos de la calidad, cantidad y naturaleza de las fuentes.

Por una parte, Mario Samper presenta un balance bibliográfico comparativo que incorpora, como gran novedad para los historiadores, obras sobre las caficulturas del nuevo mundo desde el siglo XVIII hasta el presente; en un apartado escribe sobre aquellas que tienen un valor aplicado, es decir, aquellas cuyo análisis ofrece alternativas de solución. Este mismo autor desarrolla una comparación sistemática entre Costa Rica y Colombia —países con los cuales tiene un gran vínculo afectivo— en su artículo titulado “Tiempos difíciles: los caficultores colombianos y costarricenses entre la prosperidad y la crisis, 1920-1936”. En éste conjuga un análisis de varias variables con la detección de problemas comunes y con la detección de respuestas diferenciadas para éstos. Entre las variables de análisis están la especialización cafetalera en Costa Rica y Colombia y su naturaleza; la estructura productiva, con un predominio del minifundio en Costa Rica y una mayor concentración en Colombia; el número de cafetos por explotación; la estructura sociocupacional; el cambio técnico y su relación con factores agroecológicos y sociales; los sistemas de recolección; el procesamiento; las redes de circulación, los regímenes políticos, entre otros.

Samper le sigue la pista a la viabilidad de la producción campesina y hacendaria en ambos países, y llega a la conclusión de que la producción campesina tenía mayor capacidad de resistencia en Colombia, la producción hacendaria y los beneficiadores tenían mayor capacidad de resistencia en Costa Rica, y en este último país la relación entre campesinos y hacendados pudo regularse mediante la intervención estatal, poder que, según un estudio citado anteriormente, era más débil en Colombia.

William Roseberry inicia el libro con un estudio comparativo que titula “Introducción”, que deja demasiado corto el alcance del título en comparación con la

⁸ Cfr. Charles Tilly, *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza Editorial, 1991. (Edic. orig., 1984.)

riqueza del contenido. Solamente quiero rescatar una afirmación de Roseberry, para invitarlos a leer su trabajo. En relación con el liberalismo de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, este autor brinda una perspectiva de análisis interesante, según él:

Las elites que procuraban controlar al Estado no cuestionaban seriamente el hecho de que éste sirviera a sus intereses. En cambio, hubo intensas disputas acerca de *cómo* debía el Estado servir a sus intereses y *cuáles* eran los instrumentos y las políticas adecuadas para ello (pág. 62).

Este argumento es un excelente punto de partida para revalorar las tesis sobre el *laissez faire* en el agro de América Latina; el autor concluye que la diversidad local y regional van a ser los ejes que permiten aproximarse a nuestra cafcultura entre 1830 y 1930, pero pone el acento sobre tres problemáticas en las que podemos centrar nuestros intereses: la importancia de las unidades de producción familiares y la producción de alimentos en zonas y regiones de especialización cafetalera.

■ Reflexión final

Este libro se convierte en lectura fundamental para los investigadores del agro en América Latina y para el público en general. Su lectura nos permite saldar parcialmente una deuda con el debate generado hace varios años sobre la transición de América Latina al capitalismo, debate que no se agotó analíticamente, sino que más bien se concluyó porque muchos de los investigadores interesados cambiaron de intereses. Una deuda importante de varios artículos tiene que ver con la falta de mapas explicativos, aspecto que sí se toma en cuenta en los estudios sobre Costa Rica de manera particular.

Para complementar estos estudios tenemos mucho que reinterpretar a partir del estudio de los precios reales del café, puesto que la mayoría de los análisis económicos de la cafcultura se han hecho sobre la base de precios nominales. Podemos avanzar en el estudio de la construcción del valor social del café —la calidad—. Necesariamente tenemos que hacer una caracterización de las regiones cafetaleras como *agritowns*, buscando los vínculos con otras actividades producti-

vas y profundizando en el estudio del mercado de trabajo segmentado, fragmentado y, además, estudiar los salarios en una doble perspectiva: como ingreso y como costo. Todo esto lo podemos hacer si mejoramos nuestros datos, lo que también permitiría construir comparaciones de mayor alcance temporal y geográfico. Desde esta perspectiva, la historiografía del café seguirá viva por mucho tiempo.

Finalmente, me parece importante que podamos avanzar en el estudio comparativo del desarrollo regional de los países cafetaleros con la finalidad de complementar nuestra visión sobre los “países del café” en América Latina.